



NÚM. 16

LA MUERTE DE LA SERPENTINA

EN el cesto, entre sus compañeras, la serpentina rosa soñaba un sueño de su mismo color: veía cielos rosados, labios rosados, pétalos de rosa esparcidos, exhalando dulcísimo perfume.

—«Cuando me lancen al aire,—pensaba la serpentina rosa—caeré en el seno de una niña hechicera, de alguna virgen de diecisiete años,—seno que el primer latido de amor aún no consiguió agitar misteriosamente.—Caeré allí como en su nidal la paloma, y al choque de mi enroscado cuerpo, el cuerpo inocente se estremecerá de indefinible emoción. El golpe sordo de la serpentina rosa retumbará en el alma nueva, en el capullo de alma. ¡Ah! Que no tarden en arrojarme al aire... Que llegue pronto mi vez.»

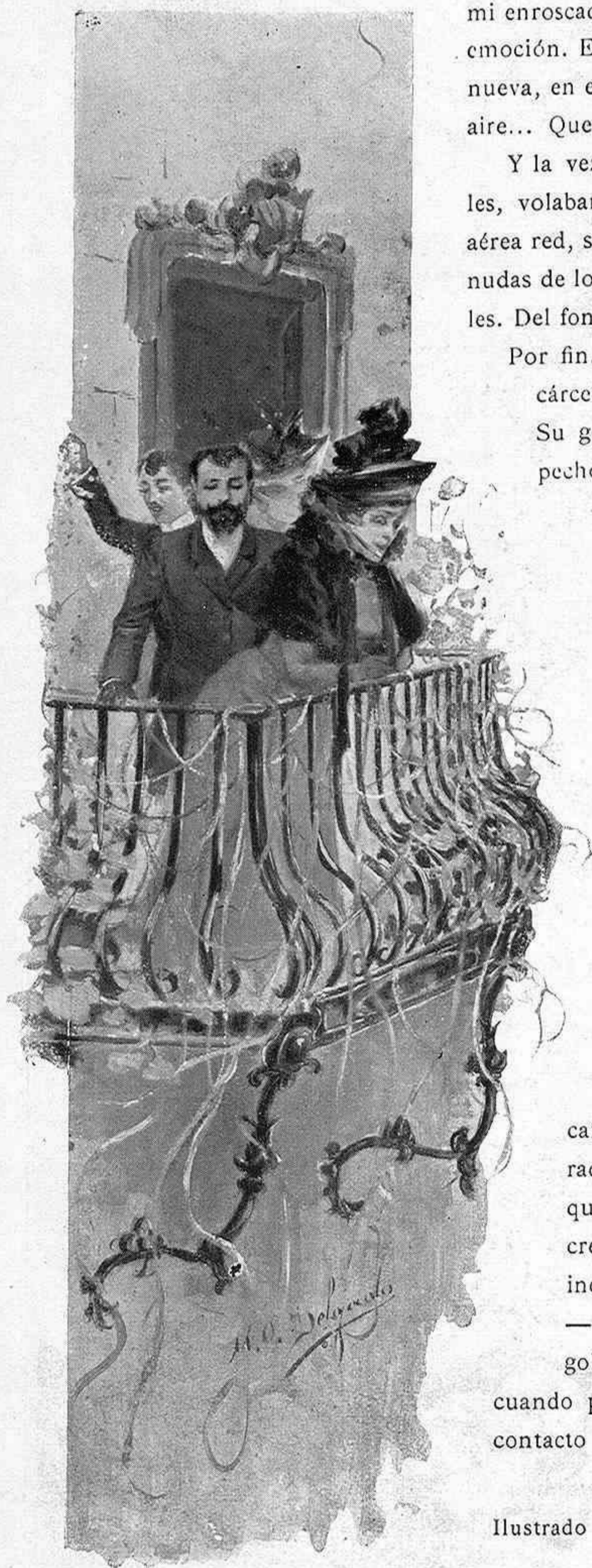
Y la vez no llegaba. Serpentina verde, amarilla, bermeja, azul, volaban desenroscándose al dirigirse al blanco, y se entretejían en aérea red, suspensas de los balcones, enganchadas en las ramas desnudas de los árboles, desgarrándose en los picos de latón de los faroles. Del fondo del cesto no lograba salir la serpentina rosa.

Por fin... ¡Ah! ¡Gracias á la suerte! Ya rompe la serpentina su cárcel; ya, desenrollado el cabo, se siente disparada en el vacío... Su golpe mate va á dar contra un pecho de mujer. Pero el pecho, ni tiene elasticidad ni color: diríase que es el esternón de madera de alguna efigie olvidada en su camarín, sin cirios ni exvotos, y ya resguardada por la costra dura del olvido. La mujer del pecho insensible, tranquilamente, ha rechazado con la mano la serpentina rosa, y ésta va á hundirse al fango, donde la pisotean primero y se la disputan después cien granujillas de manos sucias y boca maldiciente y procaz. Cubierta de barro, ya nadie podría reconocer á la serpentina rosa: su bonito color se ha convertido en un tono triste, apagado y oscuro, el matiz de la tierra arcillosa, amasada con el agua llovediza que la impregnó; su forma redonda ha desaparecido; vedija informe, de la cual se lleva cada golfo un pedazo en las uñas, en eso ha parado la serpentina hace dos minutos tan flamante y tan llena de ambiciosas ilusiones...

Y ella, la pobre serpentina rosa, no siente ni la caída en el barro, ni las heridas y desgarrones que han lacerado sus entrañas. No. El secreto me ha sido revelado para que yo lo divulgue. Lo que siente la serpentina rosa, al morir, creedlo, vosotros los que pisáis sus restos despedazados y ya incorporados al cieno que se os pega á las suelas de las botas—lo que siente, lo que le duele con dolor incurable, es el golpe que se dió contra aquel pecho sin calor ni elasticidad, cuando pensaba caer sobre un corazón vivo y palpitante, que á su contacto se estremeciese.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ilustrado por M. OBIOIS DELGADO.





PREPARÁNDOSE PARA EL BAILE.—Cuadro de ROMÁN RIBERA.



Como brillante raudal de di-
sueñas esmeraldas, se des-
lizaba el Nilo aquella diáfana
noche de verano, en que la luna
lo bañaba todo con sus fulgores
y en que todo parecía arder en su luz, simu-
lando un colosal incendio de plata...

De pronto, de una de las orillas, se elevó un
insecto rojo, de transparentes alas, que vagó por
el espacio breves momentos y fué á posarse al
fin en una flor de loto de pétalos celestes.

Era tan clara la noche, que el infeliz pensaba
que había llegado ya el día.

—¿Qué le pasará al sol, que está tan pálido?—
se dijo con asombro, mirando á la luna llena;—
tiene cara de muerto...

Y después de un breve momento de medita-
ción, añadió:

—No me explico la tristeza que reina por
doquier. Ni las aves desgranán sus trinos, ni
cantan las ondas, ni vuelan las mariposas de oro
por el aire azul... ni siquiera he visto á la au-
rora deshojar sus rosas, para alfombrar de rojos
pétalos el camino que sigue el sol... ¡Vaya! lo
que es á mí nadie me quita de la cabeza que
aquí sucede algo grave... ¿Estará muriéndose el
astro-diurno, que nadie quiere turbar el silencio
de su agonía?

Y volvió á sumirse en hondas meditaciones.

—¡Eh!—gritó de pronto á una luciérnaga que
se arrastraba por entre el césped, alumbrándose
con su linterna azul, sin duda para no tropezar
en las piedras. — ¡Eh! ¿quiere usted hacer el
favor de decirme qué le pasa al sol, que está tan
desmejorado y tiene esa cara de difunto?

Pero la luciérnaga, ó estaba sorda ó no quiso con-
testar, y siguió tranquilamente su camino sin satisfa-

cer la curiosidad del insecto.

De repente, llegaron á oídos
de éste, débiles gemidos y luego
el eco de sofocados sollozos,
que parecían salir del fondo

del Nilo. Se inclinó, con curiosidad, sobre la
corriente y vió aparecer en ella unas manchas
rojizas, como si dedos invisibles hubiesen des-
hojado en las verdes aguas ensangrentadas rosas.

—¿Qué llanto desgarrador es ese? ¿habrá
muerto ya el sol?— pensó el insecto, estreme-
ciéndose.

Iba á abandonar la flor de loto, sin duda para
inquirir noticias, cuando vió que se agitaba
debajo de él la corriente y que asomaba la ca-
beza de un enorme cocodrilo.

—¡Córcholis!—se dijo el insecto— ¡vaya un
encuentro agradable!

El saurio fijó en él sus ojos verdosos de pu-
pilas verticales, le miró con olímpica indife-
rencia, y luego se dirigió lentamente á la orilla,
en la que se enroscó, dejando sumergida la
punta de su cola de cresta dentada en las aguas
del Nilo.

—¿Va usted á dormir la siesta?— exclamó el
insecto, con acento zumbón.

—¿La siesta á las dos de la madrugada?—
dijo el cocodrilo, con una especie de mugido
sordo.

—¡Cómo! ¿no es de día?

—Ya le he dicho á usted que son las dos de
la madrugada; mi reloj anda muy bien; véale
usted allá arriba, pendiente de la bóveda ce-
leste...

—¿Aquel hermoso lucero que brilla como un
enorme diamante de aguas azules y que parece suspen-
dido de una cadena de estrellas?

—El mismo; por la posición que ocupa, sé la hora exacta. Conque, ¡buenas noches!

—¿Va usted á dormir?

—Voy á hacer la digestión.

—¿Tan tarde cena usted? Apuesto á que se ha dado un atracón de aves acuáticas y palustres...

—Pues se equivoca usted: he devorado una doncella hermosísima, que encontré dormida en una *felucca*... ¡un buen bocado!

—¡Qué horror!

—¿No ha oído usted mi llanto hace poco?

—¡Cómo! ¿llora usted después de devorar á sus víctimas? ¡Vaya una sensibilidad exquisita la suya, señor cocodrilo! eso es ya el refinamiento de la crueldad y de la hipocresía. No hay ejemplo igual en el mundo. Y cuenta que entre los hombres se dan con lamentable frecuencia casos espeluznantes.

El reptil miró con aire ofendido al insecto y replicó:

—¿Que no hay ejemplo? ¡cuán engañado está usted! Justamente abundan los ejemplos... ¿lo duda usted? pues póngase sobre mi cabeza y vamos á dar un paseito á la luz de la luna...

El insecto voló como una chispa roja desde los pétalos celestes de la flor de loto á la cabeza del saurio.

Este se sumergió á medias en el agua y siguió tranquilamente el curso del Nilo.

De repente se oyeron llantos desgarradores

en una casita que blanqueaba á la melancólica luz de la luna, en medio de un extenso campo de rosas.

—¿Quién llora con tanto desconsuelo?—preguntó el insecto.

—Una hermosa viuda, sobre el cadáver del hombre á quien envenenó la existencia y cavó prematuramente la fosa con sus liviandades y perfidias.

El insecto se quedó pensativo y el saurio siguió deslizándose en silencio por la verdosa y mansa corriente.

De pronto se oyeron nuevos llantos.

—¿Qué le pasa á aquel hombre que profiere desaforados gritos y que, si no me engaño, intenta arrojar al agua?—volvió á preguntar el insecto rojo.

—Lamenta la muerte de su padre, cuya fortuna ha devorado él en el juego y en las orgías, precipitando con su conducta infame el fin del pobre anciano...

El reptil disponíase á seguir de nuevo el curso de la corriente, pero el insecto se opuso, no queriendo oír más *llantos de cocodrilo*.

Y echó á volar como una chispa roja desde la cabeza del saurio á los pétalos celestes de una flor de loto...

CASIMIRO PRIETO VALDÉS

Buenos Aires.

Ilustraciones de GASPAR CAMPS.



INSTANTÁNEAS

FEDERICO BALART

Como crítico y poeta,
tan alto en el arte brilla,
que le aplaude y le respeta
hasta Emilio Bobadilla.

En Pliego nació, y las gentes
convienen en afirmar,
que no hay pliegos suficientes
para sus glorias sumar.

LUIS TABOADA

Vertiendo gracia á granel
y rebosando de sal,
por instinto natural,
no da á los cursis cuartel.

Con la broma por divisa,
al dolor le echa la llave,
y hace que el hombre más grave
toma las cosas á risa.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

De su inspiración la llave
le abrió el Templo de la gloria;
no hay nadie que no le alabe,
y sus versos se los sabe
todo el mundo de memoria.

CARLOS CANO

PASATIEMPOS

CHARADA

- 1 2 3 — Parte del mes.
1 4 5 — Cualidad del hombre.
2 4 3 — Opera española.
1 3 — Río.
4 2 — En la poesía.
1 2 3 4 5 — Pluma y Lápiç.

L. M. DE VILLARBOGNE.

JEROGLÍFICO

NA JOS RAN

R. DASI.

FRASE HECHA



SEGUN NOTICIAS,

entre los innumerables que aspiran á colaborar en esta sección los hay, muy agraviados porque les *dispensamos el favor* de no insertar sus *originales* elucubraciones. ¡Ingratos! ¡Cuando deberían agradecerlo!

¿No calificarían nuestros lectores de tonto número uno al señor don A. G. y P. si, por darle gusto, publicáramos los siguientes versitos, fruto de su natural talento poético?

HUMORADAS

Que se pueden escribir sobre mi amor
muchos libros, de tu boca escucho:
creo que para expresarlo mejor
bastaría decir: mucho, mucho, mucho.

(¡Echa, echa, echa!)

Quisiera saber de tu boca ideal
si es que, Julieta, me amas ó no;
¿sabes porqué no te lo indico yo?...
¡por no romper de la ilusión el cristal!

(Bien hecho: quien rompe, paga).

Cuando tiernamente te miro
bajas la mirada con recato,
¿quieres ocultar con ello un suspiro
ó es que estoy dándote un mal rato?

(¿A ella sola?)

Tú eres rica, tienes millones
y por tus bellas condiciones
eres de todos idolatrada.
Yo, aunque sin poseer nada,
soy muy rico; tengo ilusiones...

(¡Y tantas!...)

¡Eh! ¡qué tal! Y conste, que recibo de peores.

EL ENCARGADO DE LA SECCIÓN.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 14:

Logogrifo numérico. — Hipócrates.

Frase hecha. — Meter la pata.

Charada. — Palestina.

Conversación. — Emilio, Antonio y Adela.



—¡Sabes, Rosita, que por ahora no nos divertimos! ¡llevando ese disfraz tan ingenioso!...
—¡No te impacientes, criatura! Mano á mano, el juego de *dominó* es sososo; pero si se presenta una partida de *compañeros*...
—De eso me quejo: de que no se presenta.



—Mi loca mujer quiere que sea cómplice en el *asalto* á los señores de Prieto, y como no estoy en edad de hacer reír en público, he tenido la buena ocurrencia de vestirme y desnudarme en la escalera, este traje de *pierrot*. ¡Lástima no haber encontrado uno de *oso*! hubiera estado más en carácter.



—He dejado á la Manuela con el sargento y he salido del baile para divertirme á mi modo. Lo malo es que no sé si daré con la puerta, para volver á entrar... En fin; estando con él... no la faltará nada.
—¡Si lo dije!... Me deja, para emborracharse á sus anchas. Pues ¡jea! tú lo quisiste, tú te lo tén. ¡Me voy á cenar con el sargento!



—Dame la mano, no vayas á resbalar otra vez.
—No estoy acostumbrá á andar por suelos tan lisos... y con estos arreos no sé ni mover los pies; ¡recuerdo!
—Chica; cuidado con esas palabrotas, van á conocer que no somos lo que representamos.
—Lo que es á mí ya me han conocido; dos panolis se me quedaron mirando y el uno dijo al otro: ¡esa reina... huele á fábilo!



Segundo accésit en el concurso verificado para anunciar los festejos del Carnaval de 1898.

SERIE 1.^a

NÚM. 16